

Pero no, añadió reprimiendo su indignación, no maldigamos á nadie, ni aun á los que nos hacen daño: compadezcámoslos en vez de aborrecerlos. La piedad es la caridad de los perseguidos para con sus perseguidores, es la única venganza que complace al Altísimo. Roguémosle por ellos: ¿no es más desgraciado el verdugo que la víctima?

## L

Consolónos así tomando parte en nuestro pesar y transformó nuestra cólera en misericordia hacia nuestros enemigos. Luego:

— Veamos, dijo, ese fatal papel que os ha despojado de la herencia de los Zampognari que yo he creído siempre que os pertenecía tanto como este peñasco á la montaña y el musgo al peñasco. Soy muy anciano, tengo más de noventa años y quién sabe si Dios me ha conservado la vida para que mi testimonio pueda ser provechoso á los Zampognari, víctimas de unos cuantos rasgos de pluma: dadme el papel y cuando vaya á Luca haré que lo examine el abogado Manzi, antiguo amigo mío.

Llevóse el padre Hilario el papel y no volvi-

mos á pensar en aquellas cosas sino para llorar nuestra perdida vendimia; hasta los mismos pájaros parecían identificarse con nuestro dolor. Los gorriones, los mirlos, las palomas, apenas notaron que los pámpanos se ennegrecían, que las hojas marchitas se desgajaban como después de haber sufrido una fuerte granizada, se reunían formando un remolino sobre la desierta cabaña y revoloteaban como locos, lanzando gritos desesperados, lo mismo que si la zorra hubiera entrado furtivamente en sus nidos y devorado á sus hijuelos mientras ellos se hallaban lejos.

## LI

Así se hacía cada día más difícil nuestra triste vida. Pero mucho peor fué cuando maduraron las mazorcas y llegó el tiempo de coger las hojas de las moreras. Todos los días, como si hubiéramos sido ladrones, espiaban los agentes del esbirro por nuestros alrededores y hasta á los animales que nos alimentaban y vestían; nos prohibían recoger las avellanas silvestres de los bosques vecinos, porque, según decían, pertenecían á los animales que los poblaban y no á nosotros; nos impedían coger la hierba

con que formábamos las camas para nuestras cabras, porque la hierba conservaba caliente la tierra, y esta tierra no era nuestra. Si hubieran podido confiscar el aire, y evitar que las golondrinas vinieran á alegrarnos y á formar sus nidos en el alero de nuestro tejado, lo hubieran hecho con la mayor satisfacción. ¡Cuánto teníamos que sufrir! ¡Y no obstante, el aire es tan bueno en estas alturas, á las cuales no se atreva á subir la *mal'aria*!

Jerónimo se hacia el más guapo mozo de toda la llanura de Luca; en cuanto á Fior d'Aliza, la fuerza de la juventud es tal, que se embellecía lo mismo bajo nuestras lágrimas que cuando no las derramábamos, como la hierba á orillas de la cascada, que es tanto más hermosa cuanto más rocío cae sobre ella. Las gotas de su llanto se veían en sus pestañas aún, y sin embargo cantaba.

Dicen que la muchacha encantaba á cuantos pasaban y se detenían para admirarla con el pretexto de pedirle agua.

« Si los ángeles habitasen aún las alturas, decían entre sí al alejarse, volviendo la cabeza para verla una vez más, diríase que no es hija de hombre. »

La madre de Jerónimo me repetía las frases

que sus admiradores pronunciaban. Éste se percibía de ello y se mostraba cada día más orgulloso del triunfo de su prima, pero también algo celoso.

La asiduidad de los esbirros en espiarnos le incomodaba. Fior d'Aliza los temía y cuando llevaba las cabras á pacer rogaba á Jerónimo que la acompañase; á su lado desaparecía todo temor.

## LII

Una mañana que Jerónimo se fué á coger nidos de faisán en los chaparrales, á lo más elevado de las montañas, detrás del eremitorio de los camaldulenses, el temor de su prima fué más grande que nunca y también el de nosotros.

Unos cuantos leñadores de la llanura, armados con sus grandes hachas y largas sierras aparecieron con la aurora al pie del castaño; sentáronse alrededor de su tronco, afilaron hachas y sierras y destapando sus calabazas de vino y sacando de sus zurrones pan y queso, se pusieron á almorzar alegremente cerca de nosotros.

Aproximéme tímidamente y les pregunté con amabilidad qué era lo que iban á hacer en aquel paraje de la montaña, en donde nunca se habían

oído los golpes del hacha del leñador desde que el mundo es mundo.

— Va usted á saberlo, buen amigo, me respondió una voz que creí reconocer por su acento malvaño é hipócrita. (Mi cuñada, que se acercó también al grupo de leñadores con Fior d'Aliza, me dijo que era la del escriba Nicolás del Calamayo) Va usted á saberlo con pesar, repitió: despidase de su árbol, ya no os dará ni sombra esta tarde ni castañas este otoño. Su propietario le ha vendido ayer al amo de estos leñadores para talarlo y aprovecharse de su producto. Él mismo me ha encargado que venga para entregar el árbol á estos muchachos y para hacerlos entrar en razón si por acaso os oponéis.

— ¡Cómo que si nos oponemos! exclamé yo precipitándome con los brazos abiertos hacia delante como para echarme entre el árbol y el hacha, pues ¿no me he de oponer, si dar la orden de talarlo es lo mismo que si mandarais que me cortasen la cabeza? Este árbol es aun más que mi cabeza, añadí sin poder contener las lágrimas, es la vida de toda mi familia; con él se alimenta mi hermana, mi sobrino, la chica y yo. Usted que ha sido portador del documento que nos ha privado de todo cuanto poseíamos, sabe mejor que nadie que no nos han dejado

sino esas tres grandes ramas que se extienden hacia nuestro lado sobre el escaso terreno y la cabaña que nos queda; sabe que esas ramas nos pertenecen y que sus frutos bastan para llenar ocho sacos de castañas, lo suficiente para mantener sobriamente á cuatro personas. Consentiré que me maten antes que permitir destruir el castaño; ¡es el único bien que nos queda en la tierra! ¿Se atreverá usted á negar que el papel de nuestros jueces nos concede el goce de la leña y las hojas, de la sombra y los frutos de cuanto se halla en el terreno que nos pertenece?

— No lo niego, respondió el curial, pero tampoco pueden negar ustedes que el árbol es propiedad del capitán de los esbirros; cuando él dispone su destrucción, vuestros derechos cesan y no pueden ustedes oponerse. Él es dueño del tronco, si lo arranca, mueren las ramas que os pertenecen.

### LIII

— Confieso, señor, que jamás había pensado en esto, y que las palabras de Calamayo me dejaron mudo; pero si mi voz no podía rechazar su

opinión, mi actitud protestaba contra tal iniquidad.

Magdalena y Fior d'Aliza que, como yo, no habían soñado jamás en que pudieran cortarnos el castaño, en vez de buscar razones para convencer á aquellos homicidas, se deshacían en súplicas.

De rodillas á los pies del curial, le explicaron lo mismo que á los leñadores que aquel árbol era quien nos alimentaba y los beneficios que nos prodigaba; lloraron, recurrieron á todos los medios; sus lamentos podían conmover el tronco del árbol pero no el corazón del curial.

Sin embargo, hay que ser justos; los leñadores parecían enternecerse al ver á Aliza, tan hermosa, tan pura, inundada de llanto; se miraban, comprendían la triste situación á que iban á reducirnos, contemplaban el árbol tan verde, tan magnífico, y las lágrimas asomaban á sus ojos.

— Vamos, ¡manos á la obra, muchachos! dijo el amigo del esbirro.

Los leñadores parecía que titubeaban, unos asegurando los mangos de las hachas, quejándose otros de que no mordían los dientes de las sierras.

## LIV

Durante esta indecisión de los leñadores, fingió conmoverse Calamayo y llamando aparte á Magdalena, le habló algunas palabras al oído con falso acento de bondad.

— Quizás, halláramos medios de librar al castaño de la suerte que le espara, le dijo tomándola por madre de Aliza, si fuese usted mujer inteligente y madre razonable. El capitán de los esbirros, á pesar de sus cabellos canos, posee un corazón sensible, es soltero y rico, se fastidia de estar solo, sin alegría en su casa, sin hijos que puedan heredar sus *scudi* y sus bienes: la inocencia y la belleza de vuestra hija le han encantado cuando ha venido á la montaña. Tal vez si le enviaseis á Fior d'Aliza, con un cesto de higos y castañas, á suplicarle que no dispusiese del árbol, no sería extraño que os complaciera, dejándoos el árbol y hasta restituyéndoos todos los bienes que formaban vuestro patrimonio. De vosotros depende vuestra fortuna, lo sé de cierto, porque no se niega nada á una *sposa* que da su corazón en cambio de un pedazo de tierra en la montaña. ¿Qué le parece mi idea? ¡Ea!, piense

usted en ella, le doy de tiempo para decidirse el que tarde la sombra que proyecta esa rama en llegar al tronco.

## LV

Magdalena quedó inmóvil, petrificada, muda, al escuchar aquellas palabras, cuya mala intención comprendió desde luego. La idea de alejar á Fior d'Aliza de la cabaña, la idea de separarla de Jerónimo, del cual jamás había estado separada; la idea de lanzar esta alma pura, que nos iluminaba como el sol todos los días al reflejarse en nuestra ventana, como un miserable puñado de *bayocos* de cobre, á un extraño, en cambio del lugar que nos darian para vegetar en la montaña, indignó á Magdalena, que exclamó :

— ¡Dar yo mi Fior d'Aliza á cambio de cualquier beneficio por inmenso que sea! ¡ni por mi propia vida! ¡Ah! si ese es el precio que nos exige el cielo para librarnos de vuestras amenazas, más vale que nos mate á todos á la vez que á ese desventurado árbol. Antes morir mil veces que entregar nuestra hija á ese hombre insensible : aun cuando fuera el mismo príncipe de Luca, no tendría bastante con su ducado para indemnizar

de esta pérdida á su tía, á su padre y á Jerónimo. Esto equivaldría á querernos comprar el aliento : al recibir el precio en que os lo vendiéramos, al entregaros lo que habriais comprado, moriríamos.

Y deshaciéndose en llanto, la vergüenza y el dolor se revelaban en su rostro sólo al pensar que aquel hombre había tenido la audacia de hacerle tan ofensiva proposición.

## LVI

— Y bien, la sombra ha desaparecido, dijo Calamayo, mirando á Magdalena y como interrogándole. ¡Ea, muchachos! mano á las hachas.

Los leñadores levantaron sus hachas y yo las oí caer sobre el tronco, cerca de las raíces, produciendo un ruido sordo, como el de las paladas de tierra pedregosa que resonaron en mi oído al cubrir los ataúdes de mi hermano y de mi esposa cuando fuimos á enterrarlos hace trece años, allá arriba, en el cementerio de los comaldulenses. Los pedazos de corteza que se desprendían caían á nuestros pies y todos perdimos la razón : nos parecía que cada golpe de las cortantes hachas se llevaba un pedazo de nuestros corazones. Magdalena, Fior d'Aliza y yo, caímos en tierra y nos

arrastramos de rodillas hacia el castaño para formarle una muralla con nuestras manos extendidas, estrechándole con nuestros brazos y con nuestros pechos, como si hubiésemos tratado de librar de la muerte á un padre ó á una madre.

Los leñadores se detuvieron por temor de herirnos al asestar sus golpes al pobre árbol.

— ¡Arrojad de ahí á esos miserables insensatos, que se oponen á la justicia! exclamó el curial.

## LVII

Apenas pronunció estas palabras, cogió á Fior d'Aliza por un brazo y la echó hacia tras brutalmente, dejándola caer sobre una raíz que hirió una de sus sienes, tiñendo algunas gotas de sangre su mejilla y hermoso cabello rubio: después, auxiliado por dos leñadores de los más robustos, nos alejó á Magdalena y á mí del tronco del castaño.

Entretanto, mandaba á los muchachos que continuasen hendiendo el tronco, y las astillas y los pedazos de corteza alfombraban la tierra.

Casi desvanecidos los tres de dolor y por el golpe recibido al echarnos á tierra, oíamos los golpes repetidos como cosa del otro mundo, y el pobre perro, el fiel Zampogna, que cesó de ladrar,

lamía la preciosa sangre de la sien de su joven ama.

— Mirad, señor, según dicen, todavía se le ve la señal, añadió el ciego, buscando con su mano la cabeza de la *sposa*.

## LVIII

En aquel momento, Jerónimo, que descendía de las alturas del convento de los camaldulenses cargado con un enorme haz de leña, oyó los ladridos de Zampogna, los hachazos de los leñadores y los angustiosos quejidos de su madre, de Fior d'Aliza y de mí; á través de los árboles vió á Calamayo y á los suyos que nos arrebatában con violencia del tronco del árbol y que nos arrojaban sin piedad sobre las piedras y las raíces regadas con la sangre del rostro de su prima: arrojó el haz de leña para llegar más pronto á nuestro lado, y empuñando la hachuelá que le servía para cortar las retamas y brezos para el fuego de nuestro hogar, acercóse en tres saltos lanzando tan terribles gritos que nos hicieron salir de nuestro desvanecimiento, y colocándose entre el árbol y los leñadores con ademán amenazador, los contuvo, obligándoles á retroceder agrupados en torno de Calamayo.

Su furor se aumentó al ver la sangre de su prima, y después de saber lo que había sucedido, que en dos palabros le contamos.

— ¡Cobardes! ¡Miserables! exclamó dirigiéndose á Calamayo, y á sus secuaces, no conseguiréis la vida de este árbol sin arrebatarme antes la mía. Él es la vida de mi madre, de mi tío, de mi prima, de nuestros padres y de nuestros hijos: matadnos antes si queréis destruirlo; pero no lo destruiréis mientras yo viva.

Pronunciadas estas palabras se aproximó al castaño, y al descubrir la hendidura que los leñadores habían hecho en el tronco, lloró en silencio como se llora á la cabecera de un moribundo.

### LIX

Un diálogo terrible y amenazador entablaron Jerónimo y Calamayo, resguardado éste tras del grupo de sus leñadores.

— Vosotros sois testigos, decía el curial á éstos, de que ese joven insensato se ha opuesto con violencia y á mano armada al corte del árbol, y resistido á la justicia. Cedemos á sus amenazas para no ensangrentar la cuestión; pero tomaremos

acta de su delito y nos reservaremos el derecho de ejecutar la orden que hemos recibido, con el apoyo de la fuerza pública.

Retiráronse los leñadores con el esbirro después de esta especie de protesta, demostrándonos con sus miradas y con sus palabras que no tardarian en vengarse. Mi pobre hermana colocó sobre sus rodillas la cabeza de Fior d'Aliza para vedar la sangre que corría de la herida, y Jerónimo trajo en el hueco que formó con sus manos algunas gotas de agua cristalina para lavarla.

Entonces fué cuando los cuatro lloramos como jamás habíamos llorado en nuestra vida. Gracias á la aparición y al valor de Jerónimo habíamos quedado vencedores.

La hendidura del tronco aunque grande no era mortal; llenándola de tierra húmeda y cubriéndola con cortezas atadas con lianas, podíamos esperar que el árbol daría sus cosechas, alimentándonos en invierno; nuestro pequeño ganado lo haría en el verano y los higos pasados reemplazarían á las pasas: pero no se nos ocultaba que quedaba al castaño poco tiempo de vida, puesto que el esbirro y su consejero se habían propuesto reducirnos á la miseria y obligarnos á abandonar el pobre nido que nos ofrecía la montaña.